

lazo tan vivo como la lengua común. El me borró la formidable realidad geográfica en la tierra mexicana, por la que caminé entre los maestros y los niños, con una confianza dichosa que hacía cantar mi sangre.

Recibo este acto que vosotros habéis llamado homenaje, sin pensar ni por un momento en que se trate de la manifestación a un individuo—comprendiendo que se quiere honrar a las mujeres hispano-americanas y lo agradezco por ellas. Se me ha elegido, sin duda, porque se sabe que existe en mí hondamente el sentido de raza. Los Estados Unidos como país fuerte y con activa conciencia de raza, estiman la lealtad del hombre hacia su sangre, y yo soy de esos leales.

No creo que la diferenciación de los pueblos signifique una fatalidad sobre la tierra. Pienso que ella, en la humanidad como en la naturaleza, es una forma de enriquecimiento. De este modo, lo latino, aun en sus aspectos de contraste más agudo es, frente a lo anglo-sajón, uno como erguimiento de distintas virtudes, de otras modalidades de vida, pero no un destino de discordia.

Estiman algunos que el único modo de concordia entre los pueblos sería la unificación de las costumbres, de las formas de vida económica, de los criterios sobre la verdad. Otros sentimos que cada grupo humano puede progresar, llegando hasta el suave ápice de las perfecciones, dentro de su modalidad. Los que esto pensamos, al hacer la exaltación de nuestros valores étnicos, no ponemos ni soberbia ni odio, hablando de fidelidad hacia nosotros mismos.

Si creyese que no hay los caminos del espíritu, sino un camino del espíritu, y con él de la perfección, al comparar nuestros países de vida económica desgraciada, de acción social convulsa, con los Estados Unidos y nuestras ciudades que apenas son un radio con las vuestras, el desaliento haría caer mis brazos y se paralizaría en mí la pulsación quemante de la esperanza de la cual se vive. Pero siento que vosotros sois, dentro de las infinitas expresiones de lo Divino, la Voluntad y la Energía, en su más ardiente rojez. Nosotros significamos un dardo menos recto hacia la acción, una flecha que se detiene en las colinas de la belleza y también entre los garfios de la discordia frecuente, pero sin perder el ímpetu que ha de hincarnos algún día en el éxito. En vosotros la acción es tan rápida que llega a aparecer paralela del pensamiento, más que hija de él; en los latino-americanos se retarda por una como delectación del análisis y también por la lucha que el mismo análisis hace.

Tenemos con el inglés diferencia de ritmo en la creación y en la vida; mas, la lentitud no siempre es la pereza, y yo recuerdo al decir esto, a Leonardo, en cuya lentitud había la mitad de insatisfacción, de divina insatisfacción, y la otra mitad de recogimiento o sea de actividad interna.

Esta diversidad de ritmo físico, que se hace visible entre las ciudades de los dos hemisferios, existe también entre las reli-

giones del mundo, sin que suponga inferioridad el latino calmoso. La mahometana y la judía son activas, casi trepidantes, el budismo no es inferior a ellas por haber hincado en la meditación hasta la entraña del éxtasis.

Yo tenía hasta hace poco cierto desdén hacia el Oriente lánguido y lo que se asemeja al Oriente, que es, en nuestros países, el indio. Se iluminó mi conciencia de verdad, viendo trabajar a un mixteco mexicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara oscura y de ojo largo y oblicuo, con una calma deleitosa, que era puro amor, el incrustado de unas hojas. Lo que la máquina habría acabado en un minuto, le robaba a él una hora; mas, no sugería su trabajo la idea de una cosa torpe o desgraciada, que pudiera superarse. Era aquélla la calma del obrero que hace con cariño, casi con ternura. El mismo afán que pone el artista en la elección del adjetivo, el mismo volver al trazo anterior, estaban en la mano lenta y sabia del decorador indio.

Entonces yo comprendí que, aunque no tuviese ese hombre otra facultad elevada que aquella y desconociera el cristianismo superior o el gozo de la armonía en la música sinfónica, él estaba sentado conmigo en el mismo plano de la mente y de la emoción y que su faena tenía los mismos quilates diamantinos de excelencia que las mejores. No importaban los otros aspectos, junto a ese acto único, pero suficiente para la equivalencia. Distinta su casa de la mía, su oración de la mía, su criterio cívico. ¡No importa! Él se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí, con certidumbre total, que no he de perder más, que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por la tan falsa igualdad ciudadana, sino por esencia, es decir, absolutamente.

La amistad de pueblos distintos, buscada por la Unión Panamericana, sería fácil si todos nos penetrásemos, hasta el último límite de la conciencia, de este concepto de disimilitud sin inferioridad. Será posible la unión si las gentes del Norte, con ojo que traspase lo exterior ingrato y penetre la hondura noble, ven que corre como un río puro un anhelo enorme aunque confuso de justicia bajo estas angustias nuestras: bajo la dura hora económica que vive nuestro Chile, el país heroicamente pobre, rico sólo de honra; bajo la larga revolución mexicana, santa en el anhelo; bajo la desinteligencia de Centro América.

Por nuestra parte, reconocemos en las creaciones vuestras una exaltación tal de la voluntad del hombre, que honra a la humanidad. Mirando vuestras poblaciones sentimos hasta dónde puede llegar el brazo humano cuando se pone a hacer. Vuestras instituciones son visión comparable a la hora del amanecer. Walt Whitman decía que el pecho más ancho de su compañero sólo le desmostraba la capacidad del suyo, y nosotros, viendo la asombrosa vida industrial norteamericana, recogemos como un

exaltación marina de fuerza, que se nos volverá salud.

No únicamente influjo material os debemos; yo cuento entre los formadores de mi carácter a vuestro Emerson, fortificante como un aire de pinares e iluminador de las minas ciegas del alma humana.

A mi paso por este gran país, una muchedumbre de impresiones ha entrado en mi espíritu, confusamente. La más noble es esta: el sentido religioso de una buena parte del pueblo norteamericano y, sobre todo, la fe que mira al aspecto social, que no es sólo norma para la vida del individuo, sino que busca serlo para la vida colectiva. Desde la secta cuáquera, hasta la iglesia católica, pasando por las otras, vuestro cristianismo penetra la vida de las masas y afronta la cuestión social, en vez de quedarse al margen de ella, con prescindencia cobarde.

Yo quiero repetir que es esta la revelación dichosa que he recibido. Porque yo no soy una artista, lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido dentro de mí, la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social. Yo no tengo por mi pequeña obra literaria a que habéis aludido, el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufraguista. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.

Viendo en un grupo selecto de hombres que he tratado, el espíritu religioso libre de aristocratismo individualista, y al anotar con asombro que la religión en Estados Unidos es una preocupación seria del hombre y de la multitud, y no es desdeñada como factor superior por los intelectuales, he pensado que tal vez pueda ser ella el mejor camino para hallar la concordia que buscan los panamericanistas.

Los caminos ya seguidos son los del intercambio económico e intelectual. No disminuyo la eficacia de esos medios; creo, sin embargo, que el tercero poseería más elevación.

La fe de nuestra América es la católica y la vuestra la protestante; pero ya hay signos de una aproximación de las iglesias, que se haría en bien del cristianismo total, para defender al mundo del materialismo oprobioso de este momento.

Imprimir la norma cristiana en las relaciones del Norte con el Sur; poner la conciencia por sobre los intereses: esa sería la faena. La actividad meramente política de hoy trascendería a movimiento espiritual, y la cooperación de los fuertes no sería vista como dominación, sino como la vasta ayuda humana de un Estado próspero y ya cuajado, hacia otros que se hacen dolorosamente.

Ven algunos la religión en nuestros pueblos como un soliloquio sublime, que puede lograrlo todo en su interior adorante, y no como un dinamismo divino y poderoso.